

La música de Pablo Antoñana: (anti)vals de Viana

Ana URRUTIA*

En dirección obstinada y contraria

Fabrizio de André

La casa

La bibliotecaria sube una cuesta y entra en el centro histórico de Viana por el Portal de la Solana. Sus dos hojas de madera reposan sobre los muros de piedra que lo enmarcan —recuerdo de la vieja muralla ocupada actualmente por viviendas—, en la parte de arriba, desde el interior, una virgen dentro de un altarcito con una balaustrada de madera. Nada más cruzarlo, percibe el frescor de la sombra y una especie de susurro que repite: “Buscadme allí, que allí sigo”,¹ camina recto, a los lados calles largas y estrechas, los rótulos con sus nombres llevan un escudo con barras rojas sobre fondo amarillo, rematado por una corona. Aparece enseguida en la plaza de los Fueros —Ayuntamiento a la izquierda, iglesia enorme a la derecha—, soleada y bulliciosa, la gente viene y va con mochilas, bolsas de la compra, silletas con niños... y arriba, surcando el cielo azul, bandadas de vencejos; alegre algarabía. Descubre la calle Navarro Villoslada y se interna por ella, bares con terrazas concurridas, casas señoriales de piedra y ladrillo pegadas sin dejar huecos, hacia el final el Centro Cultural llamado como la calle, donde una placa informa de que allí nació y murió (cristianamente) el escritor Francisco Navarro Villoslada, “cantor de la raza vasca”, de quien se ve el rostro esculpido; justo encima, una cabeza de Cristo en madera con la inscripción: “Reinaré”. Aunque nada lo indique, esa es también la casa natal de Pablo Antoñana.

He aquí, pues, una casa que vio nacer a dos escritores. Uno, en octubre de 1818, en el seno de la familia propietaria que la habitaba desde hacía más de un siglo —“en 1830, Manuel Navarro Villoslada alzó la fachada (...). Luego Don Francisco retocaría el interior de pasillos y habitaciones que se comunicaban entre sí por puertas de grandes panales barrocos. La hizo casa medio rural, medio aristocrática, copia de la arquitectura de la Restauración”—;² el otro, en octubre de 1927, hijo de Blanca Chasco, criada y confidente de Blanca Navarro Villoslada,

241

*Biblioteca Pública de Huarte / Uharte.

1.- Pablo ANTOÑANA, “Aquí testo”, en *La vieja dama y otros desvaríos*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1993, p. 89.

2.- “La casa (II)”, *Diario de Noticias* (enero 2005), recogido en Pablo ANTOÑANA, *Escrito en silencio*, Burlada (Navarra), Sahats, 2008, p. 223.

y nieto de los administradores de la familia. El hecho de nacer en una casa cuyos dueños, fallecida Blanca en 1931, residían fuera y solo esporádicamente la visitaban, permitiría a Antoñana conocer a fondo esa casa señorial “en la que apacenté mi infancia y adolescencia”.³

Aunque alejados por origen e ideología, se dan entre ambos algunas similitudes: la vocación literaria, por supuesto, pero también rasgos de carácter —nerviosos, huraños, de profundas convicciones— y una pronunciada inclinación al retiro y a la soledad —el apodo que los literatos de la época asignaron al primero en sus últimos años: “el solitario de Viana”,⁴ podría valer perfectamente para casi toda la vida del segundo—; además del silencio que les rodeó en ocasiones (y de que los dos, nacidos en octubre, fallecieron en agosto, de 1895 y 2009). Parece como si el más joven, al nacer en la misma cama en la que murió el autor de *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, en esa casa que tenía salón con piano, comedor con chimenea inglesa y armario con espejo barnizado o lacado en negro, hubiera recibido un legado que marcó su vida.

Aquella “fascinante mansión llena de pasillos, escaleras, cuartos oscuros, alacenas, gabinetes, bodegas, pasadizos, y ciega obscuridad habitada por tremendas arañas”,⁵ pasó en 1977 a manos del Ayuntamiento; olvidada durante años fue rindiéndose a la ruina, hasta que en 2004 se reconstruyó con el aspecto actual. Dos pisos de ladrillo con seis balcones que llevan balaustres de hierro y una planta baja de piedra sillar que acogen la Biblioteca Pública. Un cartel anuncia que ese viernes de julio está cerrada por vacaciones.

242 Unas ruinas

Se dispone a regresar a la plaza de los Fueros, cuando algo la empuja a continuar unos pasos y cruzar hasta un edificio que tiene sobre la puerta el número 35, parece la entrada de una iglesia pues sobre la numeración hay unos ángeles y, más arriba, un santo en una hornacina, le da la impresión de que está cerrada, pero empuja la puerta y comprueba que se abre dócilmente. Entra en un recinto totalmente vacío y silencioso y de repente se agolpan en sus ojos imágenes de paredes derruidas —“miré los muros de la patria mía / si un tiempo fuertes ya desmoronados, / de la carrera de la edad cansados...”—;⁶ basas de columnas sin fuste y guijos por el suelo, vencejos por el cielo, restos de frescos, un gran hueco circular en una pared que sobresale: una iglesia en ruinas. Dedicada a San Pedro, lee en un cartel cuando se repone de la sorpresa, una iglesia-fortaleza gótica del siglo XIII, la más antigua de Viana, cuyo derrumbamiento se produjo en 1844. Impresionada, contempla los arcos apuntados y los restos de pinturas de un lateral, se detiene frente a la pared más alta, en su

3.- “La casa (I)”, Diario de Noticias (enero 2005), recogido en Pablo ANTOÑANA, Escrito en silencio, cit., p. 221.

4.- Ídem.

5.- “Escritor, tierra”, conferencia pronunciada en Pamplona, el 18 de enero de 1977 en la Sala de Cultura de la Caja de Ahorros de Navarra, recogida en Pablo ANTOÑANA, Textos y pretextos, Donostia-San Sebastián, Birmingham, 1996, p. 15.

6.- Francisco de QUEVEDO, Poesía varia, Madrid, Cátedra, 1981, p. 116.

parte superior, el rosetón vacío, con fragmentos del material que lo adornaba adheridos a su círculo, transmite una sensación de desolación total, como una órbita despojada del ojo que una vez albergó. En la parte inferior, precedida de dos escalones bajos flanqueados de cipreses, se abre un espacio con dos ventanas enrejadas en el fondo y un gran óculo arriba por el que se ve un trozo de cielo azul.



De vuelta a lo que habría sido la nave central, coge un guijo, con él en la mano se interna en dirección contraria a la que ha entrado y girando un poco descubre, sorprendida, un tendedero plegable lleno de ropa secándose al sol que pega con fuerza, un poco más adelante, dos más y varios muchachos y muchachas que conversan en inglés, gira ya del

todo y ve surgir, a los pies de lo que queda de la construcción, un parque recoleto con tres cedros que se elevan hacia el rosetón y un mirador de piedra —la parte superior de las murallas— que permite contemplar un extenso paisaje: montañas de Álava y La Rioja y el valle del Ebro, Logroño en el horizonte. A solo nueve kilómetros, que Pablo Antoñana Angulo, habitante del Arrabal Grande, una de las barriadas pobres de Viana, recorría andando cada día “con alpargatas y una mochila donde llevaba los libros y los zapatos, para estudiar Magisterio”;⁷ los mismos que recorría años más tarde su hijo Pablo Antoñana Chasco, en bicicleta, para estudiar bachiller.

243

Unas voces arrancan a la bibliotecaria de sus pensamientos, un hombre y una mujer, jóvenes, se sientan en el césped con la espalda apoyada en el tronco de un cedro. Ella saca un teléfono y se pone a contar incidencias del viaje; él, un libro que empieza a leer con interés. Al pasar cerca de ellos, consigue ver la portada y una ráfaga de aire siberiano rasga el calor del mediodía produciéndole un estremecimiento: un volumen de *Relatos de Kolimá, de Shalámov*. Un *antibestseller*, la narración de los estragos del *Gulag* archivados en la memoria de quien los padeció muchos años, pero logró sobrevivir y pasarlos a papel en forma de tremendos relatos que nos acercan a los oscuros arrabales del corazón humano.

En vez de salir de la iglesia en ruinas por donde ha entrado, lo hace siguiendo un camino desde los tendederos con ropa lavada, pasa así por un edificio con el cartel “Albergue de peregrinos Andrés Muñoz”, y un poco más adelante encuentra otra información: “Entrada Parque de San Pedro. Antiguo cementerio y murallas. Torreón siglo XIII”. Sale por una puerta de hie-

7.- “El hombre extraño”, entrevista realizada por Inés Artajo para Diario de Navarra (23 junio 1996), recogida en Pablo ANTOÑANA, *Textos y pretextos*, cit., p. 239.

rro forjado con adornos, subiendo por la izquierda pasa un portillo y vuelve al final de la calle Navarro Villoslada, antigua Rúa de San Pedro: la “Ruga”, y después (y todavía para los habitantes) calle Mayor. A su izquierda, unos niños, sobre unas sillas metálicas de la terraza del Hotel Pujadas apoyadas en el muro de la antigua iglesia, secuestrados por pantallas de teléfonos móviles. La bibliotecaria imagina un niño llamado Pablo jugando, en los años treinta, con sus juguetes preferidos: una locomotora de plomo pintado con dos vagones de mercancías regalo del rey Gaspar, un triciclo de hierro forjado y unos elefantes de ébano de Guinea.

Otra casa en una placita silenciosa

Continúa por la plaza de San Pedro y se interna en la calle Tidón, en la parte trasera de la casa de Navarro Villoslada, acristalada, se pueden divisar unas vitrinas con documentos del escritor. Llega a la plaza Urra, en cuya parte norte destaca la mansión de la familia Urra-Lezáun, con un vistoso escudo y toda la fachada de piedra. Pegada a ella, a la derecha, justo antes de que la calle San Miguel finalice formando un rincón que la cierra, otra casa que vio crecer a Antoñana: “Mi



244

madre contaba muy bien. Recuerdo que tenía yo 14 o 15 años y ella (...), en el balcón que daba a la placita de Urra en Viana, zurría cuando me contaba historias de indios, de gentes antiguas, de crímenes. Y todo histórico, quiero decir que eran versiones reales, nada de leyendas”.⁸

Con esos mismos años, Antoñana, nutrido antes por la biblioteca de Navarro Villoslada, empezó a comprar sus propios libros, de segunda mano, en Logroño. Libros que al tiempo desaparecían misteriosamente... hasta que descubrió que se los quemaban en casa. Lo cual tampoco es de extrañar si se considera que sus autores —Unamuno, Baroja, Valle-Inclán...— estaban entre “aquellos que se expurgaron precipitadamente en las estanterías de mi pueblo natal Viana y según bando de la Alcaldía en su número segundo ordenaba ‘Que se haga con ellos en la Plaza de los Fueros una hoguera, como auto de Fe contra los enemigos de Dios y de España, representados en tales libros’. Año de 1940”.⁹

La guerra del 36, que estalló cuando tenía ocho años, dejó en Pablo Antoñana una huella indeleble: “Nuestra infancia poblada de fogonazos, imprecaciones, viva España, muera Rusia,

8.- “El hombre consciente de su libertad no puede ser feliz”, entrevista realizada por Natalia Urrecha para *Diario de Noticias* (12 mayo 1996), recogida en Pablo ANTOÑANA, *Textos y pretextos*, cit., p. 234.

9.- “Pablo Antoñana habla con Ramiro Pinilla”, entrevista realizada por Ramiro Pinilla, publicada en “*Hemen eta orain*”, número 15 (mayo 1981), recogida en Pablo ANTOÑANA, *Textos y pretextos*, cit, pp. 119-120.

hemos tomado Bilbao. Y las campanas de la ciudad no tañían a fiesta litúrgica sino a canto de guerra y conquista, dejando herida la memoria que quedaría así tatuada a perpetuidad.”¹⁰

La Plaza

Con paso ligero regresa a la Plaza (de los Fueros), observa el Ayuntamiento —dos plantas de sillares, con soportales la de abajo y balcones corridos y pilastras la segunda, arriba, en los extremos, dos torres de ladrillo con balcón de medio punto y óculo, entre ambas, balaustrada de piedra y un gran escudo de España rematado por una cruz—; la fuente que ocupa el centro de la Plaza —abrevadero redondo que recoge el agua de cuatro caños y un esbelto pilón de piedra que en una de sus caras da cuenta de la inauguración en septiembre de 1889—; y varios paneles con carteles que anuncian la actuación de Joan Manuel Serrat con la Banda Municipal de la localidad entre las dos escaleras que interrumpen la cancela de hierro con grandes pilastras que cerca la iglesia de Santa María.

En la fachada que mira a la casa consistorial, una mole pétreo, destacan una discreta portada gótica y un reloj de números romanos, en la parte izquierda, la estatua de un auroro; la otra portada, en la fachada sur, es espectacular: la puerta, a cuyos lados hay columnas y hornacinas rectangulares decoradas, tiene encima un tímpano circular con la sagrada familia y, más arriba, una gigantesca hornacina con escenas de la pasión de Cristo y de la Asunción de la Virgen, coronada por un frontón triangular y flanqueada por más hornacinas que contienen imágenes de santos. Abajo, en el suelo empedrado con guijarros que forman dibujos, a modo de felpudo de piedra una lápida con la inscripción “César Borgia generalísimo de los ejércitos de Navarra y pontificio muerto en campos de Viana el XI de marzo de MDVII”, recuerda que en ese lugar yacen los restos mortales del cuñado del rey de Navarra Juan III de Albret. Pensativa, pasa al interior y después de unos segundos de oscuridad va desplegándose ante sus ojos el esplendor de este templo cuya construcción se inició, concluida la de San Pedro, en el siglo XIII, el mismo de la creación de Viana (1219) por Sancho VII el Fuerte para reforzar la defensa del Reino frente a Castilla. Ambos fueron sometidos a sucesivas reformas, sobre todo en los siglos XVII y XVIII, de gran prosperidad para la localidad. A partir de entonces, Santa María se afianzó triunfante; San Pedro, por el contrario, inició su declive. Que culminó en desmoronamiento tras un proceso de gradual deterioro, pues:

245

*El Derrumbamiento no es cosa de un instante,
no es una pausa radical.
Los procesos de Destrucción
son una Caída gradual.*

10.- “Escritor, tierra”, cit, pp. 16-17.

*Primero, es una Telaraña en el Alma,
una fina Capa de Polvo,
una Termita en el Eje;
Herrumbre, sólo un poco.*

*La Ruina es metódica;
labor del Diablo, lenta y constante.
Resbalar, es ley de vida;
nadie se pierde en un instante".¹¹*

Parece ser que su construcción sobre terrenos escarpados e inestables —“una Telaraña en el Alma”—, modificaciones que afectaron a las paredes maestras —“una Termita en el Eje”—, el hecho de ser usada como cuartel en la Francesada y en la Primera Guerra Carlista —“una fina Capa de Polvo”— y algún daño ocasionado por un terremoto —“Herrumbre, un poco”— se aliaron para decidir su suerte. Muy distinta la que le tocó a Santa María: naves, capillas, retablo mayor, retablos laterales, triforios, bóvedas, púlpitos dorados con tornavoces repletos de ángeles y atriles en forma de águila dorada, clave de bóveda con imágenes policromadas,

246

columnas salomónicas... La bibliotecaria, abrumada, se sienta en un banco, intenta asimilar esa sobredosis ornamental y el hecho de que mientras Santa María proclama su magnificencia, en San Pedro “la ruina hace inventario de su triunfo”.¹² Transcurridos unos minutos reanuda la visita, en la capilla de San Juan del Ramo, en la entrada y la cúpula, armoniosas pinturas de Luis Paret; en el baptisterio contiguo, la pila bautismal del siglo XVII, mientras la observa va surgiendo poco a poco ante sus ojos la imagen de un bautizo, el cura vierte agua sobre la cabeza del neófito y lanza preguntas en latín a las que el sacristán contesta en nombre de la criatura: “Arrenuncio”;¹³ es el sacristán-zapatero *Quisqui*, al que Antoñana recordaba con afecto y reconocimiento. De repente, el aviso del cierre de la iglesia pone fin a la ceremonia y la obliga a salir. Arces y robinias la reciben en el exterior.

Comida con recuerdos

Comiendo en una taberna cercana consulta documentos y rescata recuerdos de la infancia de Antoñana en Viana, recuerdos de un tiempo en que había “otras casas, sin balcones, la parra, el poyato de piedra”,¹⁴ (aunque quizás el mismo reloj, en Santa María, “que contaba con pul-

11.- Emily DICKINSON, *Poesía completa*, Colmenar Viejo (Madrid), Amargord, 2013, p. 655.

12.- Manuel ÁLVAREZ ORTEGA, *Antología (1941-1971)*, Esplugas de Llobregat (Barcelona), Plaza & Janés, 1972, p. 223.

13.- “Bautizo de la Vieja Dama”, texto leído en la presentación de *La Vieja Dama y otros desvaríos* (Pamplona, 14 octubre 1993), recogido en Pablo ANTOÑANA, *Textos y pretextos*, cit, p. 87.

14.- “Regreso”, *Diario de Noticias* (abril 2004), recogido en Pablo ANTOÑANA, *Escrito en silencio*, cit., p. 133.

sos de sangre, grano a grano aquel tiempo sin principio ni fin, eterno").¹⁵ Y "el Chapitel de nuestros juegos de invierno, los viejos cementerios al par de las dos iglesias, llenos de pájaros y hierba".¹⁶ Y Chepe, "el cojo Chepe, avinagrado, descreído, patibulario, pregonando con alarde que no iba a misa al par que arrastraba la pata de palo, pierna postiza y fingida que un viejo carpintero con gramil y garlopa desbastó del leño de un olmo";¹⁷ Chepe, oliendo a cebolla y ajo, blanco de las burlas infantiles: "Ya viene Chepe con la pata chula";¹⁸ Chepe, que no tenía a "nadie (un padre, una madre, un hermano) que oyese el cruel reptar de aquella piedad por sus entrañas. Yo sí le oía. Era un ruido larguísimo e inacabable golpeando mi humanidad naciente".¹⁹ Y "la Mera, sorda o muda, que vi colgada como péndulo de reloj de la viga maestra, asesinada a mano airada".²⁰ Y la señora Emilia y el señor Silvano, gitanos de tez oscura, gente de bien. Y los "vencejos, hilvanos negros"²¹ cosiendo el cielo de verano. Y el ermitaño de Codés que llegaba, con su caballito, por septiembre. Y los mendigos agolpados en el zaguán de la casa acomodada, donde "además de ofrecer méritos para el cielo eran ornato, atavío, rito",²² una buena manera de que "a la señora de la casa se le sosegaran los escrúpulos de conciencia".²³ Y "el cura vestido de soldado y colgándole del cinto un pistolón en su funda".²⁴ Y Jesús Chasco, tío materno, maestro republicano asesinado al empezar la guerra, rescatado fragmento a fragmento del silencio que lo sepultó, con "aquellas manos que cogían sueños a puños y los sembraban en la intemperie".²⁵ Y los muertos por los caminos. "Y al fondo, bullicio, reyerta, refriega, ruido ensordecido de uñas de caballo".²⁶ Viana atesorada en la memoria de Antoñana.

El chapitel de los juegos infantiles la lleva a pensar en el chapitel del campanario de la torre de San Pedro, que se mantuvo más tiempo en pie, y que fue destruido por un rayo en 1925 y sustituido por otro que tampoco ha llegado a nuestros días. Así como la torre, desmontada en 1979. "La ruina hace inventario de su triunfo". Esa frase vuelve una y otra vez a su cabeza y

15.- Pablo ANTOÑANA, "Aquí testo", en *La vieja dama y otros desvaríos*, cit., p. 88.

16.- "Regreso", *Diario de Noticias* (abril 2004), recogido en Pablo ANTOÑANA, *Escrito en silencio*, cit., p. 133.

17.- Pablo ANTOÑANA, "Aquí testo", en *La vieja dama y otros desvaríos*, cit., pp. 90-91.

18.- Pablo ANTOÑANA, "Chepe", en *Las tierras y los hombres*, Pamplona, *Diario de Navarra*, 2002, p. 52.

19.- Ídem, p. 53.

20.- Pablo ANTOÑANA, "Aquí testo", en *La vieja dama y otros desvaríos*, cit., p. 91.

21.- Pablo ANTOÑANA, "Los segadores", en *Patrañas y otros extravíos*, Iruña-Pamplona, Pamiela, 1985, p. 179.

22.- Pablo ANTOÑANA, "Los mendigos", en *Patrañas y otros extravíos*, cit., p. 149.

23.- Ídem, p. 157.

24.- "El hombre será libre cuando sepa leer y lea", entrevista realizada por María Ángeles Goikoa e Isabel Limousin para la revista "Punto y Hora" (3 marzo 1978), recogida en Pablo ANTOÑANA, *Textos y pretextos*, cit., p. 117.

25.- "Homenaje a un hombre muerto por tiro de fusil y era hermano de mi madre", recogido en Pablo ANTOÑANA, *Textos y pretextos*, cit., p. 93.

26.- Pablo ANTOÑANA, "Paisaje íntimo", en *La vieja dama y otros desvaríos*, cit., p. 40.

se le ocurre que Antoñana tuvo ocasión de consultar ese inventario de primera mano, pues el hecho de habitar cerca de San Pedro le permitió conocer las ruinas en estado salvaje, antes de su primera restauración en 1964.

En el inventario de la ruina podríamos incluir al Castillo que protegía el flanco sureste de la población y llegó a hospedar a Felipe II, tras décadas de deterioro fue demolido a principios del siglo pasado para construir viviendas y sus piedras se emplearon en el frontón de la calle Príncipe de Viana; así como a la judería de Torreviento, en el territorio extramuros conocido hoy como la Nevería, y a la sinagoga de la calle Abajo de San Pedro. La expulsión de los judíos de Navarra en 1498 provocó la desaparición no solo de sus lugares de culto, también de sus nombres y apellidos. “Siento de veras no tener como vecino en mi vieja ciudad de Viana a alguien llamado algo así como Mose Lobo o Abraham Royuelo o Gento, hijo de Barú, descendientes de otros llamados también así y que estuvieron censados por el año 1400 en su aljama”.²⁷

No lo pujante y lozano, sino lo que declina y cae, lo que resulta vencido y se acerca o llega al final, eso es lo que le atrae a Antoñana. Quizá por ello, fue realizando en sus libros, pacientemente, otro inventario, el de los lugares, gentes, costumbres, objetos, oficios, palabras, etc., que quiso salvar del olvido. Un inventario que prolonga la vida y desafía a la muerte.

Otra plaza y un convento

248

La bibliotecaria, bajo el sol implacable que la recibe al salir a la calle, continúa su paseo por Viana. Al final de la calle Santa María (Mayor), una casa de cuatro plantas, las superiores de ladrillo y las de abajo de sillería, con un gran escudo central y en cuya parte baja un cartel anuncia el Centro Multiusos “Elena Matute Angulo”, en homenaje a la bibliotecaria responsable de la antigua biblioteca situada en el Balcón de Toros municipal. Que es el elegante edificio con amplio alero de madera labrada que ocupa la parte oeste de la vecina plaza del Coso: dos plantas de sillería con arcos de medio punto formando soportales en la primera y balcones en la segunda, el escudo de la localidad y dos pequeñas torres de ladrillo en los extremos; en el centro, un recinto cercado por tablones para los festejos taurinos, así como canastas y porterías para práctica de deportes de balón; en la parte sur, dos ausencias: el Balcón de Toros eclesiástico y el Castillo antes citado; y al norte, haciendo esquina con una callejuela que desemboca en la plaza, una gran mansión con escudo y galería de arcos con barandillas por las que asoman flores rojas en el último piso.

Rodeando esa casa llega a la parte trasera de la iglesia de Santa María, es un tranquilo parque —antiguo cementerio— con cipreses, carpes y magnolios, que permite comprobar el carácter de fortaleza de la iglesia y el desnivel que la separa de la calle que se ve abajo, en la que sobresale un gran edificio con los remates adornados con bolas de piedra. Hay escaleras, pero prefiere bajar por la calle Algarrada, pasa bajo un pasadizo volado con tejadito y hornacina en la parte interior, entra en la calle Serapio Urra y llega a la plaza Sor Simona. La recibe un

27.- “Pablo Antoñana habla con Ramiro Pinilla”, cit., p. 123.

hombre de armas, César Borgia en busto de bronce, y la fachada de la iglesia del convento de San Francisco, en la que una placa recuerda a sor Simona Oroz y Mina, Hija de la Caridad —orden que lo ocupa desde 1858— fallecida en Viana en 1901. Enfrente, el Centro de Salud, una construcción moderna de columnas rojas y cristal oscuro en el que se refleja la austera decoración exterior de la iglesia, creando un curioso contraste. El edificio del antiguo convento se prolonga hacia el norte, con una Casa Multiusos de cuatro plantas y un velatorio en la parte baja, y hacia el este, con la Residencia de Ancianos “Nuestra Señora de Gracia” que cuenta con un amplio jardín.

En la placita de nuevo, dos familias



Prosigue por la calle Serapio Urra, bordeando la parte norte de lo que fue el recinto amurallado. En ella, junto al viejo cuartel, se encontraba la escuela donde ejerció su profesión Pablo Antoñana padre. En su lugar hay actualmente bloques de pisos. Llega al Mirador Sierra de Codés —espléndido

249

paisaje—, continúa andando por la zona del antiguo Arrabal Grande, que se extendía extramuros por el oeste de la población, contempla, arriba, la muralla y por encima el rosetón vacío, poco después descubre en la parte opuesta, a su derecha, con verja verde, el colegio público; sobre la puerta de entrada, un cartel que dice: “Homenaje al escritor vianés Pablo Antoñana”, y la frase: “El hombre será libre cuando aprenda a leer y lea”, flanqueada por sendos retratos de Antoñana y Navarro Villoslada.

El sol aprieta, vuelve sobre sus pasos para refugiarse en las sombrías calles de la parte vieja, cruza un pasadizo volado con tejado y hornacina, sube por la calle San Miguel y aparece de nuevo en la plaza Urra. Recibe su nombre de la familia Urra-Lezáun, que aportó gran número de alcaldes y clérigos a Viana (aunque la mayoría de habitantes se refiere a ella como “la Acción Católica”, por haber estado la sede de dicha organización en la mansión que habitaron, cedida al Ayuntamiento por el último propietario, Serapio, autor del diseño de la fuente de la plaza de los Fueros). La familia Antoñana-Chasco, que vivió en la casa contigua, era más humilde, pero aportó un escritor relevante cuyos méritos trascienden los límites de la localidad.

Al muchacho que en el balcón de esa casa oía las narraciones de su madre se le daba bien estudiar: hizo bachiller y Magisterio en Logroño y Derecho en Zaragoza (él hubiera preferido

Filosofía y Letras, pero como era cosa de mujeres...). Tuvo una etapa de gran fervor católico, en la que devoraba libros de mística y se inscribió en "Los Luises", organización juvenil de los Jesuitas. Y admiró a Hitler, promocionado entre los estudiantes como el defensor de Occidente... Hasta que en la primavera de 1945, "el padre Segura, que dirigía nuestro grupo, nos convocó a una reunión urgente para decirnos sencillamente que Hitler era un monstruo, que había perseguido a la Iglesia, que había matado a millones de judíos... todo lo que se oía por los rumores del bando de los vencidos, cuando durante años nos habían inculcado todo lo contrario. La insinceridad es lo que me llevó a romper con aquello y por ahí entró toda la frescura de la heterodoxia. Fue la gota de agua que colmó un vaso rebosante: si estos hombres me mienten —me dije— también los libros que escriben me pueden mentir".²⁸

Aquel joven desengañado empezó a pensar por su cuenta y a involucrarse en actividades literarias, pero acabada la carrera se vio obligado a regresar a Viana en 1949. Y en el viejo pueblo se asfixiaba, "no encontraba libros ni libertad".²⁹ Y le salió la vena viajera de algunos varones de la familia: los abuelos Dimas y Manuel, que habían residido en Cuba y Filipinas, respectivamente; su mismo padre, que recién nacido él pasó unos años de maestro en Guinea Ecuatorial; siguiendo su estela, intentó conseguir trabajo de profesor de español en diversos países. En vano. "La vida era un juego caprichoso de apuestas. No salía el número premiado".³⁰ Esperaba y esperaba, pero la respuesta positiva no llegaba y "ninguno de los barcos mixtos que transportaban griegos, turcos y polacos, cogía el petate de mi sueño".³¹ Ejercer de abogado no le atraía: "¿Cómo iba a juzgar yo a nadie si de todo dudaba?".³² De maestro —probó en Ablitas—, tampoco. El camino de las oposiciones también se reveló plagado de obstáculos. Hasta que en 1953 logró la plaza de secretario de Sansol (posteriormente se ampliaría a Deajo y El Busto). Dos años más tarde contrajo matrimonio con Elvira Sáinz, también de Viana, y maestra en El Busto, donde se establecieron; tuvieron dos hijas, Elvira y Blanca, y muchos libros: ambos compartían la pasión por la lectura. Antoñana leía, leía, leía... "Leía intensamente, incluso aprendí inglés en mis pueblos, pueblecitos a los cuales estoy muy agradecido".³³ Gracias a la Embajada norteamericana en Madrid, que le abastecía, pudo conocer de primera mano las grandes obras de la literatura en lengua inglesa. "Eran préstamos como los de cualquier otra biblioteca, el mismo sistema, se recibían y devolvían por correo".³⁴

250

28.- "Un pesimista heterodoxo", conversación con Santiago Gómez para la revista "Turismo en Navarra" (otoño 1987), recogida en Pablo ANTOÑANA, Textos y pretextos, cit, p. 165.

29.- "El hombre extraño", cit., p. 241.

30.- Pablo ANTOÑANA, "Corresponsal en el extranjero", en Las tierras y los hombres, cit., p. 119.

31.- Pablo ANTOÑANA, "Aquí testo", en La vieja dama y otros desvaríos, cit., p. 92.

32.- "Mi más rotunda afirmación, la duda", entrevista con Luis Cortés, Navarra Hoy (1 abril 1984), recogida en Pablo ANTOÑANA, Textos y pretextos, cit., p. 143.

33.- "La adicción a la curiosidad", entrevista realizada por Carlos Pérez Conde en Radio Pamplona, Cadena Ser (19 octubre 1993), recogida en Pablo ANTOÑANA, Textos y pretextos, cit., p. 196.

34.- Ídem, p 197.

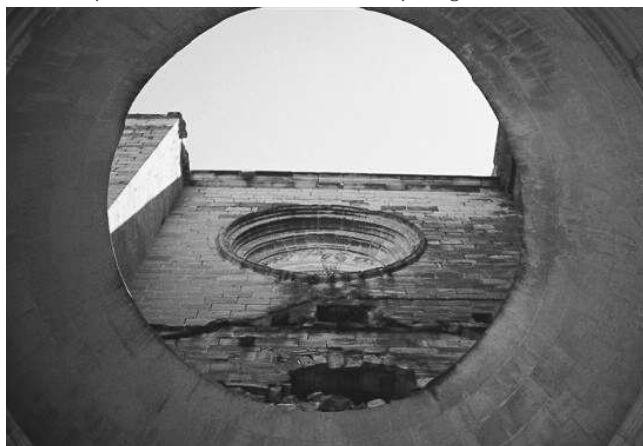
Escritor

Antoñana no solo leía, también escribía, y poco a poco fue acabando novelas: *El capitán Cassou* (1969), *No estamos solos* (1962), *La cuerda rota* (1963), *El sumario* (1964), *Pequeña crónica* (1975), *Relato cruento* (1977) —que a pesar de obtener casi todas ellas excelentes resultados en certámenes literarios importantes no siempre se publicaron, y cuando lo hicieron pasaron, salvo para algunos críticos, prácticamente desapercibidas— y un gran número de cuentos y artículos periodísticos, entre los que destacan los publicados en *Diario de Navarra* entre 1962 y 1977 bajo el rótulo “*Las tierras y los hombres*”, íntimamente ligados al resto de su producción literaria. En los años ochenta la editorial Pamiela acometió la edición de sus obras; el Gobierno de Navarra, por su parte, publicó en los noventa *Noticias de la Segunda Guerra Carlista* y *La vieja dama y otros desvaríos*. Luego vendrían el Premio Príncipe de Viana de la Cultura de 1996 y varias publicaciones con artículos y cuentos.

Entre sus mejores críticos, su mujer Elvira y Rafael Conde, que dejó escrito: “El mundo da en apariencia muchas vueltas, y la literatura de Antoñana no, pero así se presenta como inmovible, irreductible, independiente y terrible, pues se apoya en datos eternos; se origina en la guerra, en los conflictos fratricidas —la civil española, las carlistas, hasta la primera europea— y desemboca en un grito de paz desesperado, antimilitarista, antibelicista; se apoya en el dolor humano, en la defensa de los débiles, de los humillados, de los explotados; en la memoria convertida en mito más que en historia; y en una prosa casi incandescente y majestuosa, de una insoportable intensidad y de un poderío poético aplastante”.³⁵

La debacle de los sueños

Sin darse cuenta se encuentra otra vez ante la fachada de San Pedro, en cuya entrada “Cuando los franceses del general Nelly estaban acuartelados (...) y la guerrilla merodeaba, el mando militar puso un papel claveteado a la puerta dando reglas y consejos contra la insurrección. Su texto acababa ‘orden y mando que si no se cumple este bando se fusile a todo dios’”.³⁶ Frase que Antoñana empleará en uno de sus libros. Entra y lo que ve la vuelve a impresionar. El rosetón vacío, Polifemo petrificado tras el paso de Nadie; el óculo, boca gigante que lanza el alarido mudo de la desgracia. El Círculo de Viana.



35.- Rafael CONDE, “La cuerda rota”, Madrid, ABC literario (30/06/1995), p. 9.

36.- “Hilvanés”, Diario de Noticias (julio 2004), recogido en Pablo ANTOÑANA, Escrito en silencio, cit., p. 27.

San Pedro, situado en el oeste, donde muere el sol, y dedicado al apóstol que negó tres veces, se convierte en la negación, la antítesis de Santa María. Ésta se presenta como un lugar adecuado para acoger a la gente acomodada, a quienes disfrutaban de una posición relevante en la sociedad y, elegantemente vestidos y perfumados, parecen deslizarse por los salones de la vida a ritmo de vals. Las ruinas de San Pedro, por el contrario, como un sitio más idóneo para acoger a los humillados, los desvalidos, los desafortunados, los desposeídos cuyo único espejo es el charco del camino: los vencidos en las batallas de una vida que parece serles hostil y en la que tropiezan sin cesar sus torpes pasos, incapaces de seguir los ágiles giros del vals, pues se quedan enganchados en el primero, en un círculo que se convierte en el círculo vicioso en el que sus vidas quedan fatalmente atrapadas y sus sueños truncados, en un baile trágico que, en las antípodas del vals, suena como el antivals de Viana que Pablo Antoñana plasó en sus libros con maestría.

En este fantasmagórico escenario lleno de sombras empiezan a desfilar personajes creados por el escritor; la función se podría titular *La debacle de los sueños*:

252

“Agrupados sin orden, al fondo de la tapia en ruinas, habían encendido la hoguera, la leña verde daba un esponjoso penacho de humo. Dentro de él estaban los soldados, como dormidos y ausentes, extendidas las manos sobre el fuego (...). Se enganchaban los cuerpos escuetos en la cuerda del humo; la llama los hacía cambiantes y fantasmales. Carecían de consistencia; eran sombras cosidas y descosidas precipitadamente. La mano del viento las movía.”³⁷ Son el Tigre y sus compañeros de partida, han perdido la guerra y vagan a la deriva, fugitivos, abandonados a su suerte. El coronel Urrutia se ha ido —“Esto se ha acabado, muchachos. Nos derrotaron y engañaron”—³⁸ a pegarse un par de tiros frente al espejo de su habitación; Fray Carmelo de la Cruz, muerto tras caer prisionero, no volverá a inflamar sus sueños con palabras ardientes: “Estos son los soldados que yo busco. Los llama el mismo Dios por mi boca”.³⁹ Tienen “los ojos, patéticos, sellados por una gran tristeza”.⁴⁰ No quieren volver atrás: “Todo menos volver a casa”,⁴¹ a la vida anodina y mísera que abandonaron para alistarse en la milicia que los transformó en el sargento Chasco, alias el *Tigre*, el cabo Olcoz, el conde de Urederra..., pero ahora la derrota ha cortado el atajo de los sueños por el que pretendían alcanzar una vida más plena: “Ya no somos nadie”.⁴² Unos han caído abatidos como lobos y otro, herido, espera que vuelvan a rematarlo. Ha rehusado rendirse y, en la tensa espera que dilata el tiempo hasta detenerlo, en su cabeza se mezclan amaneceres y anohecidos, muchos recuerdos y una constatación: “No estamos solos. Tenemos la compañía de los pájaros que picotean el trigo perdido en los caminos. Y los perros que lamen nuestras manos también nos acompañan”.⁴³

37.- Pablo ANTOÑANA, *No estamos solos*, Iruña-Pamplona, Pamiela, 1993, p. 30.

38.- Ídem, p. 15.

39.- Ídem, p. 62.

40.- Ídem, p. 22.

41.- Ídem, p. 21.

42.- Ídem, p. 29.

43.- Ídem, p. 153.

Más soldados alrededor de una fogata: “Cinco rostros como pétalos desteñidos, cobraban fulgores mágicos, sombras (...), cinco soledades alrededor de la hoguera. (...) Se habían excavado el refugio en la colina para dominar desde allá todo el valle lejano”.⁴⁴ Son los soldados al mando del capitán Cassou, atrapados en una enervante espera emparentada con la de los bárbaros de Kavafis y los tártaros de Buzzati: “El enemigo no estaba en ninguna parte, y sin embargo se tocaba su presencia”.⁴⁵ Los hombres conversan, uno de ellos habla de un palacio con “un gigantesco espejo en el centro del salón y allí estamos nosotros, de cuerpo entero. Es estupendo verse dentro de ese magnífico marco dorado”,⁴⁶ dice imaginando la victoria y una fiesta en su honor; es *Ikaskina* que, aunque sabe que los soñadores nunca llegan a nada, defiende los sueños: “A mí me gusta soñar. Es lo único que nos dejan a nosotros, los que no somos nadie, en esta vida”.⁴⁷ Albert Pierrelacasse, en cambio, ha oído a su padre despotricar contra ellos: “Se tienen muchos sueños, y los sueños se van como las aguas del río. Yo también los tuve. ¡Y qué! El corazón lo sabe. Lo tengo podrido. Cuando los sueños se van, lo dejan así, amargo y podrido. Los sueños al irse, dejan sombras por dentro. Yo quise ser algo. Todos, a ciertos años, queremos ser algo. Y no somos nada”.⁴⁸ Este hombre, distinguido con la Legión de Honor por sus méritos en la Primera Guerra Mundial, recuerda a uno de los protagonistas de la película de Tavernier *Capitán Conan*: no soporta, después de una vida llena de emociones fuertes y momentos de gloria, la rutina diaria, la tienda de periódicos, la familia, la comida que le ponen en el plato: “Puerca comida. Puercos todos”.⁴⁹ Solo es feliz en una taberna de la Rue Pont Neuf: “Un vaso grande de vino, y ya está: la vida era distinta”.⁵⁰ Volvía la acción trepidante, la sección de exploradores, la batalla del Marne...

253

Al abrirse “la gigantesca rosa de la madrugada”⁵¹ aparece Cassou vestido de gala: “Este capitán está un poco loco. Se cree que vamos a desfilar delante del general”.⁵² No es más que uno de los indicios del caos que se va apoderando de la cabeza de Cassou; atrapado en un círculo vicioso alimentado por el coñac y la desconfianza enfermiza, ordena fusilar a un alemán desarmado que han apresado sus hombres. Pero “la muerte no resuelve nada. Y el capitán Cassou no lo sabía”,⁵³ concluye *Ikaskina*.

44.- Pablo ANTOÑANA, “El capitán Cassou”, en *La vieja dama y otros desvaríos*, cit., p. 134.

45.- Ídem, p. 161.

46.- Ídem, p. 137.

47.- Ídem.

48.- Ídem, p. 158.

49.- Ídem., p. 156.

50.- Ídem, p. 155.

51.- Ídem, p. 160.

52.- Ídem, p. 164.

53.- Ídem, p. 217.

Llega una anciana, se detiene frente a los cipreses, los mira detenidamente: "El petirrojo no vino ayer",⁵⁴ repite desconsolada. Es la señorita Leonor Zaldueño, "rara especie a punto de extinguirse. Con los pies en un mundo irreal. El corazón entre nostalgias".⁵⁵

Y después, la señora Juli: "En aquel cuerpecillo diminuto y seco, entre toquillas y echarpes tricotados a punto bobo, habitaba el aliento humano como el perfume en pomos de cristal de Bohemia. Siempre era invierno en aquellos pellejitos transparentes sobre los que las venillas tejían una retícula de sedas violas. La carne de panal de cera sustentada por el trasluz de la languidez y la melancolía. Ojos azules y candorosos refugio del acabamiento y la dejadez, chispitas sin ardor entre polvorienta ceniza".⁵⁶ La señora Juli, que "vendía, los domingos por la tarde, sueños a los niñitos pobres",⁵⁷ cuyo único hijo murió de tisis galopante tras una estancia en la cárcel, a donde lo condujo la Guardia de Asalto de la II República. La señora Juli, que desde aquel día "nos vendía tristeza. Un centimito de tristeza, cinco centimitos de tristeza, un real de tristeza",⁵⁸ obligada a soportar la competencia de otro vendedor que vocea mercancía novedosa e ideas republicanas.

Atención, más soldados: "la mueca de cansancio erosionando el medallón de sus rostros. Héroe abatido huyendo de la desgracia, la persecución o de nada simplemente, y sólo se acogían a las sombras y ruinas del edificio".⁵⁹ Al mando del brigadier llegan al lugar donde otras veces se festejaron sus hazañas; ahora, tras la derrota, nadie sale a recibirlos. "En esta intrincada y vasta soledad, el señor brigadier vagamente recuerda el inicio de aquel aventurado viaje a ningún sitio";⁶⁰ contempla con el catalejo, regalo del boticario, la "noble casa de la botica". Imagina el comedor donde están "el sillón de mimbre y el espejo, el reloj de péndola y la efigie dibujada de un santo andariego"⁶¹ y entonces "sintió moverse un súbito viento en sus adentros, le galopó por la sangre, vísceras, huesos y cartílagos, le llegó a la boca quemándola como brasa o ácido y no pudo más. Fue entonces cuando gritó: Fuego y botín".⁶² Al alba se pregunta: "¿Pero dónde está mi tropa? Ya no estaba o había huido precipitadamente o se habían extraviado en la noche con el sinfín de objetos robados".⁶³ Y el brigadier, acompañado por una botella de ron, dice a quienes lo encuentran: "Déjenme, estoy rezando el santo rosario".⁶⁴

254

54.- Pablo ANTOÑANA, "La señorita Zaldueño", en *Las tierras y los hombres*, cit., p. 82.

55.- Ídem.

56.- Pablo ANTOÑANA, "La señora Juli", en *La vieja dama y otros desvaríos*, cit., p. 51.

57.- Ídem.

58.- Ídem, p. 55.

59.- Pablo ANTOÑANA, "Botín y fuego", en *Botín y fuego*, Iruña-Pamplona, Pamiela, 1985, p. 39.

60.- Ídem, p. 42.

61.- Ídem.

62.- Ídem, pp. 42-43.

63.- Ídem, p. 43.

64.- Ídem, p. 44.

En una esquina hay una hoja de periódico, es del Boston Globe, contiene una carta firmada por Joseph Paulovski, en ella explica cómo dejó los “dulces campos de Vilna, aquella ciudad que parecía encantada”⁶⁵ por “un lugar, Boston, donde no había ejércitos depredadores, príncipes rusos, generales montados a caballo visitando las tabernas”;⁶⁶ cómo estuvo muy ocupado aprendiendo inglés, buscando un cuchitril donde vivir, “comprar un espejo donde se vestía los domingos antes de la misa mayor, un catre de tijera en que depositar sus sueños, una palangana, la navaja de rasurar. Entonces miró a su alrededor”.⁶⁷ Y descubrió que “el príncipe propietario de los campos planos de Vilna (...) estaba aquí vestido de cheviot, sombrero de queso y zapatos de charol. No montaba a caballo, conducía automóvil. Cuánto tiempo perdido, decía el campesino polaco. (...) Miren para qué tanta fatiga, tanto horror”.⁶⁸

La decepción del emigrante Paulovski no pudieron llegar a experimentarla varios portugueses apoyados en la pared repentinamente cubierta de musgo y líquen. A uno de ellos, Do Pereiro, acompañado por su voz afeminada, le gustaba refugiarse en pequeñas tabernas con pocos clientes, porque si había muchos le resultaba triste “verse en aquel espejo macabro que tienen todas las tabernas”,⁶⁹ donde se reflejan “los mismos problemas, las mismas hambres, idénticos sueños frustrados”.⁷⁰ En una de Bilbao conoció a Carvalho —“Lejos de Portugal se sabe que es emocionante ser portugués”—⁷¹ y este le convenció para participar en el intento de pasar clandestinamente los Pirineos. Transportados a las inmediaciones de la frontera, buscan cobijo en una casa abandonada mientras esperan al guía que les debe pasar al otro lado —“Francia estaba a mano. Al otro lado del bosque, la tierra dulce de Francia. Otro mundo. (...) El placer indefinible del sueño volvía con sus manos a cogerle el cuerpo y llevárselo. El sueño era largo, acariciante”—⁷² esperan y esperan y esperan, sin querer aceptar que han sido abandonados a su suerte, estafados por quienes han cobrado por un trabajo que han dejado a la mitad. Y ahí, en esa tierra de humedad y niebla, entre los tejemanejes de quienes controlan “el negocio de la frontera”⁷³ —el viejo Usubelz, “imagen negra en su hornacina espectral, hecho de sombra”,⁷⁴ con la cara desfigurada, viejos contactos en las alturas y el libro de cuentas: “Todos los países son mi patria. (...) Sirvo a quien me paga”;⁷⁵ el joven Zósimo, ansioso por heredar su puesto—, la impotencia de

65.- Pablo ANTOÑANA, “Vilna”, en *Patrañas y otros extravíos*, cit., p. 118.

66.- Ídem.

67.- Ídem, p. 119.

68.- Ídem, pp. 119-120.

69.- Pablo ANTOÑANA, *La cuerda rota*, Iruña-Pamplona, Pamiela, 1995, p. 72.

70.- Ídem.

71.- Ídem, p. 75.

72.- Ídem, p. 45.

73.- Ídem, p. 198.

74.- Ídem, p. 212.

75.- Ídem, p. 95.

quienes quieren ayudar y la cercanía de la guardia civil, se va estrechando el círculo alrededor de ellos. Hasta que la tragedia se consuma en la casa de Joshe Andrés y María Joshepa, amigos de la botella y del catalejo con el que vigilan el cuartel. Ayer por las montañas, hoy por los mares, el mismo drama se asoma un instante a nuestras vidas desde los medios informativos.

De nuevo, tropa insurrecta. Extraviada por los salones del Palacio del Presidente que se dispone a destituir, y que al final, “rendida por el encanto melancólico de los espejos, los pianos que también los repetían en hipnótica contorsión sobre sus brillos de charol”,⁷⁶ cuando consigue dar con el mandatario, ante “aquel cuerpo uniformado de sedas, presillas de plata, flores de lis hiladas en plata, casi inerte como piedra preciosa engastada en el terciopelo deslucido del sillón”⁷⁷ por la boca del sargentón que la guía, en vez de la ensayada fórmula de la destitución, suena la tecla de la atávica sumisión: “Ríndanse ahora mismo honores al Supremo Magistrado”.⁷⁸ Y adiós insurrección.

Hace su entrada la vieja dama. “Con lentitudes y rendibús aprendidos en prostíbulos de lujo. (...) Señora. Un cuerpecillo diminuto y frágil vestido de sedas y rosas, dijés en los dedos, abanico mustio en la mano, el sombrero de fieltro y flores de trapo, imitando a la muñeca de porcelana guardada del brillo del sol en un fanal. Señora”.⁷⁹ Hubo en su vida alguien relacionado con el consulado de Italia, “desde luego amante sin duda alguna, cabalgando en frenético y prodigioso curso por los vastos territorios de lo imaginario, puro sueño y engaño, que perfumado, atildado y pulcro cercenó ‘la flor de su vida’. Luego, antes o después, o al mismo tiempo, aparecía un cantante de ópera, también italiano, recitador perpetuo de la Bohème, la Traviata, Così fan tutte. (...) Luego un ‘sportman’ y luego otro pianista o músico de orquesta, y otro recepcionista de hotel, y así descendiendo hacia la noche entre cuyos pliegues habitaría para siempre jamás y de la que ahora salía urgida por recuerdos irresistibles”.⁸⁰ Pregunta por gente ya muerta: Chepe, el señor Gabán...

Se acaba de ir, “pero no el rastro de su paso, aquel olor, aroma, efluvio ocupando el sitio que ella ocupó. La tarde era ancha, dulce, llena de pájaros. Nunca jamás olvidaré a la vieja dama”.⁸¹

Al fondo aparece una imagen del niño Jesús de Praga. A sus pies, un trocito arrugado de papel impreso de la Gaceta Extravagante de Gustavia, con la fecha y el texto prácticamente borrados, salvo algunas palabras aisladas que parecen indicar que el escrito versaba sobre la justicia del lugar.

De la parte del parque llega un hombre pensativo, “con su terno negro, el perfil exacto del rostro. Las manos le colgaban llenas de sortijas y reflejos en los dedos. Los dedos tenían venas oscuras y parecían hilos tejidos a ganchillo por unas manos más pálidas aún. Eran las manos

76.- Pablo ANTOÑANA, “Su señoría”, en *La vieja dama y otros desvaríos*, cit., pp. 81-82.

77.- Ídem, p. 83.

78.- Ídem, p. 84.

79.- Pablo ANTOÑANA, “La vieja dama”, en *La vieja dama y otros desvaríos*, cit., pp. 45-46.

80.- Ídem, pp. 47-48.

81.- Ídem, p. 48.

de sus dos tías. Le habían cuidado desde niño. Le vieron crecer y hacerse hombre. Aquellas mujeres vivían en su recuerdo y eran tristes, leían libros misteriosos de devociones y periódicos atrasados. Sus palabras estaban presentes en su memoria: ¿Sobrino, ya sabrás hacer justicia?“. ⁸² Es el juez que instruye el sumario por el asesinato de Cornelio Enériz, joven de vida irregular que decide salir del rebaño controlado desde siempre por la familia Redín, representada por Don Álvaro: “En estos libros llevo la cuenta de la casa. Cada hoja es la vida de uno de los que han nacido para mí. (...) Mira, aquí están las veces que tu madre ha venido llorando. Cada número de estos es una súplica”⁸³ y su vástago Don Ramiro. Cornelio quiere vivir por su cuenta y tener voz propia: “Tengo ganas de ser algo. A veces se hace insoportable no ser nadie”.⁸⁴ Los sospechosos de su muerte son el padre de la amante de Cornelio, en la que ha puesto sus ojos el señor Ramiro Redín; un estañador llamado Simón, borrachín que le odiaba “por sus chulerías, por el cinismo y porque se creía el hombre más guapo de la tierra”;⁸⁵ y dos comediantes de paso por el pueblo. Concluido el sumario, el juez debe dictar sentencia, pero no tiene ninguna certeza: “Los dedos se detenían sin explicación en el teclado de la máquina. En aquellas teclas estaban los nombres de los condenados injustamente, los rostros de ellos, de los que pedían limosna por las calles”.⁸⁶ Y también de “los que además de hambre tienen sueños, condenados por comer, condenados por buscarse la vida de aquella manera”.⁸⁷ Ante esto, el juez decide no pronunciarse y remitir las diligencias a la Audiencia Provincial.

Un repiqueteo extraño, algo que percute contra el suelo... y he aquí “el caballo albo llamado Tony, del color de la nieve, del que tiene la uña de pétalo del nardo”,⁸⁸ da varias vueltas y se dirige hacia el parque en busca de hierba.

257

A continuación, entra en escena una mujer mayor que inicia un largo monólogo: “Yo, María Josefa Marañón, (...), quiero hacer examen de conciencia, confesión de boca y acto de contrición”.⁸⁹ Es la criada de los Vignacourt, familia con una veta lunática —la abuela Manuela Fernanda consideraba a los gatos “malos espíritus encarnados, viejas criadas y mandaderas que volvían transformadas a figonear, o querindongas de su hijo el diplomático (Don Gonzalo) que los demonios de la corte infernal convirtieron en felinos y transportaron hasta el jardín de modo mágico para conocerla. Si el gato era negro la querindonga era de raza negra, si pardo: morisca, si rojizo: escandinava”;⁹⁰ Don Gonzalo Carvajal Robledo y

82.- Pablo ANTOÑANA, *El sumario*, Iruña-Pamplona, Pamiela, 1984, p. 95.

83.- Ídem, p. 39

84.- Ídem, p. 77.

85.- Ídem, p. 47.

86.- Ídem, pp. 224-225.

87.- Ídem, p. 225.

88.- Pablo ANTOÑANA, “Tom Mix”, en *Patrañas y otros extravíos*, cit., p. 132.

89.- Pablo ANTOÑANA, *Pequeña crónica*, Iruña-Pamplona, Pamiela, 1984, p. 19.

90.- Ídem, p. 55.

Manterola Sagasti, conde de Vignacourt, que tras recibir la noticia del asesinato de su hermano, esposa e hijos, en Madrid, a manos de un grupo de revolucionarios, empezó a ir a la estación a la hora de arribo del tren de la capital y “llegado el tren buscaba en los ojos con párpados de visillos del wagon-lit el rostro de Fernando, el sombrero con sedas y muselinas de Matilde, los dulces ojos perplejos de los niños. Como no los encontraba volvía maltratando al caballo con trote largo”—,⁹¹ veta lunática que culmina en la anomalía de Gerardo María (en recuerdo y devoción a San Gerardo María de Mayela) Jesús Amadeo, obsesionado con refugiarse en los espejos, abandonado al cuidado de María Josefa: “Mi niño Gerardo María de Mayela me espera en el país del más allá, estoy segura, libre de la costra que le privaba la razón, libre de los espasmos, puro, con su lenguaje intacto, tal y como lo empleaba (inglés de Oxford decía el conde) para hablar con el conde en la intimidad. Gerardo María de Mayela vestido de Jockey, rodeado de ángeles con trompetas, sentado a la diestra de Dios Padre, ruega por mí, quiero ir pronto a donde tú estás”,⁹² concluye. Y desaparece.

“Y el viento volvía a sacar su tenue música del follaje de los árboles”⁹³ en el jardín de otra mansión señorial. Propiedad de los Arrizibita, cuyos hombres —veta violenta— son tan propensos como los de la antigua Micenas a resolver los problemas con las armas. En el interior de la casa, un hombre vestido estrafalariamente: “Las ropas aquellas le daban aspecto patético, pero que él parecía agradecer contemplándose obsesivamente en el cristal de cuerpo entero, con la mano de raíz de olivo posada en la tapa del piano como un objeto de adorno. Con

258

la otra mano moviéndose dentro del espejo corregía los desastres del vestuario, le quitaba arrugas y plieguecillos, hilvanos, polvo viejísimo y olor a vivac y por consiguiendo humo”.⁹⁴ Estamos en agosto de 1936 y Manuel Arrizibita, recibida noticia de la sublevación militar contra el gobierno de la República, ha sacado de un viejo armario el traje militar de algún antepasado guerrero para encabezar la insurrección en su localidad. “La guerra era un sueño fantástico que ahora podían cumplir”.⁹⁵ Pero las armas prometidas no llegan y las noticias iniciales no se confirman, tras la euforia, inquietud y desasosiego, y Arrizibita, clavado ante el espejo, “Parecía refugiarse allí, indefenso, en el cristal de azogue en un desesperado intento de huir”.⁹⁶ Pero la guerra se hará, como se hizo en 1833, 1874 y 1913, porque el tiempo de los Arrizibita es un tiempo circular en el que la guerra vuelve siempre. Familia de varones violentos y alguna mujer astuta, como abuela Martina, que fue capaz ella sola, vestida con sus mejores galas, por únicas armas abanico en mano y verbo fluido en boca, de desactivar la ira de los segadores sustituidos por máquinas recién adquiridas. Entre esos segadores, capitaneando la protesta, uno al que se dirige la seño-

91.- Ídem, p. 30.

92.- Ídem, pp. 92-93.

93.- Pablo ANTOÑANA, *Relato cruento*, Pamplona, Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, 1978, p. 143.

94.- Ídem, pp. 49-50.

95.- Ídem, p. 87.

96.- Ídem, p. 125.

ra: "Tú eres Colitas. (...) Y eres cosa nuestra, lo sabes".⁹⁷ Otro Colitas, descendiente del segador, resulta asesinado en el jardín de los Arrizibita en agosto de 1936.

Alejándose del espacio precedido por los dos cipreses para contemplar el rosetón vacío, dos mujeres mayores, hijas de un hombre que por apoyar otras insurrecciones dilapidó su hacienda, conversan en voz baja: "Nuestras vidas solo han sido eso, un reflejo. Recibimos la luz de ellos, sus pensamientos y sus mismos deseos. También nosotras llegamos a soñar con el Rey nuestro señor. Y a desear su venida. También a nosotras nos llegó el sueño, y nos encarceló en sus brazos".⁹⁸

Perseverar, resistir

Con ellas termina la función. Se clausura el Congreso de Viana celebrado en las ruinas de San Pedro. La bibliotecaria se frota los ojos y se dirige hacia el parque, se sienta en el césped a la sombra de los cedros. Piensa en loar, el territorio literario y vital de Pablo Antoñana que recibe su nombre del monte más alto de la vecina Sierra de Codés. loar, su República Federal formada por Viana, la Berrueza, las cinco villas de Los Arcos y Sansol y el valle de Aguilar. Zona extrema de la Mittelnavarra. Territorio por el que siempre merodeó la muerte proyectando sombras inquietantes. Tristeza. Otra vieja dama que visitó a menudo a Antoñana: "La tristeza es un estado de ánimo, poco accesible a cualquiera que no tenga disposición para recibir el regalo de esa bruma o niebla que nos acoge en su envoltura. Un suntuoso ámbito. Huésped no llamado que acude a prestarnos compañía. Viene, se va, vuelve, con su amago y caricia".⁹⁹ Se sustraía a ella en su huerto de Molindiago, en Los Arcos, donde se instalaron al ser nombrada Elvira maestra de la localidad y vivieron más de veinte años. Tras la jubilación y posterior traslado a Pamplona, volverá todos los domingos a cuidar el huerto y visitar a sus "queridos y tiernos amigos los escarabajos, reluciendo negruras de azabache como joya en pecho de dama, cortapichas huidizos, ciempiés de anillos dorados, ratones ciegos, tan diminutos y ligeros como sombras, derrotadores de mi paciencia, lirón que hiciste nido, hormiguitas escaladoras en procesión por las cortezas con lustre de cerezos, pajarillos tejiendo habitáculos con sabiduría no aprendida, sin planos, compases ni cartabón de arquitecto de la Bauhaus, asustadizos en el ramaje pomposo de los manzanos".¹⁰⁰ Y a menudo al lugar donde nació: "Viana es mi pueblo: mi cuerpo y mi alma están en él".¹⁰¹ "Estoy cada día más contento con la gente de mi edad, en mi pueblo, Viana. Creo que obedece a la ley del retorno, nos acercamos otra vez

97.- Ídem, p. 118.

98.- Pablo ANTOÑANA, *El capitán Cassou y tres relatos de La tierra vieja*, Iruña-Pamplona, Pamiela, 2013, p. 133.

99.- "Corazón de campo abierto", entrevista realizada por José Luis Merino (23 diciembre 1993), recogida en Pablo ANTOÑANA, *Textos y pretextos*, cit., p. 216.

100.- Pablo ANTOÑANA, "Carta a Molindiago" en *Textos y pretextos*, cit., p. 9.

101.- "Mi única fe es la duda", entrevista realizada por Toño Sanz para "Acción Cooperativa", nº 36 (febrero 1991), recogida en Pablo ANTOÑANA, *Textos y pretextos*, cit., p. 183.

cobijándonos en los recuerdos comunes que mantenemos vivos. Regresa el viejo afecto”.¹⁰² Por ello, cumpliendo sus deseos, en este parque levantado sobre el antiguo cementerio parroquial, se liberaron las cenizas de Pablo Antoñana el 21 de agosto de 2009. “Perseverar, resistir, soportar la adversidad en silencio”,¹⁰³ epitafio esculpido en el aire que respira San Pedro.

Despedida con poesía

La bibliotecaria sale por el Portal de la Solana. Al bajar la cuesta se cruza con un ciclista sudoroso, las mejillas rojas y la parte trasera de la bicicleta cargada de bultos entre los que surge un banderín con la palabra *Polska* —¿será de Vilna?—, atraviesa la carretera y en la Plaza Mirador de la Solana contempla el extenso paisaje que se presenta ante sus ojos, carreteras, edificios de pisos, polígonos industriales, álamos, campos, pequeñas elevaciones: “Yo soy testigo del cambio profundo y asistí como testigo a la transformación o derrumbe de la sociedad tradicional. El campo al pie de las murallas de Viana hoy está cubierto de fábricas y edificios y yo lo he visto salpicado de eras de pan trillar”.¹⁰⁴ Todo aparece cambiado, aunque en realidad, en el fondo, “Jantzia besterik ez da aldatu, emakumezkoek prakak erabili, erre, ikas dezakete, baina pertsonaiei buruan hozka eginez gero bere arbasoengandik jaso dutena azaltzen da”.¹⁰⁵

Antes de partir, breve paseo al pie de las murallas. En ellas, agazapado, entrevé de nuevo al *Tigre*: “La lucidez era total y de repente se sintió feliz. Esperaba con el fusil bajo el sobaco; estaba emplazado y lo sabía; sin embargo, no sabía por qué esperaba. Era algo extraordinario eso de la esperanza”.¹⁰⁶ La bibliotecaria sacude la cabeza, se da cuenta de que la tiene todavía llena de los personajes de Antoñana. Que es en Viana una sombra, un sonido que susurra al oído. Comprende que:

260

*No nace de la muerte esta sombra, este sonido,
nace del amor, del territorio que la nostalgia
enciende con su pasión violenta, de unas manos
que inventaron su calor en torno a unos seres
que allí vivieron la feliz aventura, el sueño*

102.- “Pablo Antoñana: libertad sin ira”, entrevista realizada por Blanca Oria para “Navarra Hoy” (2 julio 1989) y “Gaur Express” (9 julio 1989), recogida en Pablo ANTOÑANA, Textos y pretextos, cit., p. 175.

103.- “Mis pecados capitales”, entrevista realizada por Txema García, para “Egin” (Suplemento “Ilgandegin”, nº 181, 28 abril, 1996), recogida en Pablo ANTOÑANA, Textos y pretextos, cit., p. 228.

104.- “El hombre será libre cuando sepa leer y lea”, cit., p. 109.

105.- “Nafarroak aspaldi galdu zuen bere nortasuna”, Patxi Larrionek egindako elkarrizketa, “Argia”, 1.539 zka. (1995-07-16), recogida en Pablo ANTOÑANA, Textos y pretextos, cit., p. 261. (Traducción: “Solo ha cambiado la forma de vestir, las mujeres pueden llevar pantalones, fumar, estudiar, pero si se hace un corte en la cabeza de las personas aparece lo que han recibido de los antepasados”).

106.- Pablo ANTOÑANA, No estamos solos, cit., p. 46.

*de un corazón acostumbrado a soportar el peso
de una miseria total, extrañamente combatida.*¹⁰⁷

Pablo Antoñana, habitante de la República Independiente de Ibarra y del Reino de Molindigo, amó la literatura. Y fue correspondido. La vieja dama, vestida con sus mejores aliteraciones y metáforas, le dedicó un rendibú sincero cuando, siguiendo la cuerda de los escritores que admiraba, logró cruzar la frontera y penetrar en el lugar donde al mirarse en el espejo de la página vio que no estaba solo: por allí andaban Valle-Inclán y Baroja, Dostoievski y Goncharov, Faulkner y Borges, Whitman y Neruda... En el cielo de los escritores —para entrar en él es mayor mérito la calidad literaria que la cantidad de ejemplares vendidos—, brilla con luz propia la estrella de Pablo Antoñana.

BIBLIOGRAFÍA

Además de los citados:

Pablo ANTOÑANA CHASCO, "Evocación sentimental de Navarra Villoslada", en Revista *Príncipe de Viana*, anejo 17 (dedicado al "Congreso Internacional sobre Novela Histórica. Homenaje a Navarra Villoslada"), 1996.

Félix CARIÑANOS, "Viana nacida en la frontera", en revista *Conocer Navarra*, nº 30 (marzo 2013), Cordovilla (Navarra), EGN Comunicación.

Juan Cruz LABEAGA MENDIOLA, *Viana monumental y artística*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana y Ayuntamiento de Viana, 1984.

Juan Cruz LABEAGA MENDIOLA, *Viana* (Colección Panorama nº 37), Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Cultura y Turismo, Institución Príncipe de Viana, 2006.

Miguel SÁNCHEZ-OSTIZ, *Lectura de Pablo Antoñana*, Pamplona/Iruña, Pamiela, 2010.

N.B.: Epígrafe tomado de la canción "Smisurata preghiera", del cantautor genovés Fabrizio De André, contenida en el disco *Anime salve* (BMG Ricordi, 1996).

Y al fondo de todo, invisible pero imprescindible, María Moliner.

107.- Manuel ÁLVAREZ ORTEGA, *Antología* (1941-1971), cit., p. 168.